

*Trilce*, la palabra perdida

Discurso de incorporación del académico  
don Eduardo González Viaña<sup>1</sup>

Este texto no se propone interpretar ni encontrar sentidos o significados ocultos en la palabra inventada por César Vallejo. Más bien, trata de narrar cómo ese vocablo empujó a un colectivo de jóvenes de Trujillo (el grupo «Trilce») a expresarse en poesía, narración, música, pintura, y a encontrar su definición ideológica en la historia.

Por cierto, el espacio no nos permitiría auscultar esos conceptos en todos los miembros de «Trilce». En consecuencia, esta tesis se centra en las circunstancias del encuentro de este grupo de jóvenes apasionados y en las características de lo que cada uno realizaba; pero obviamente, se enfocará de forma particular en el camino que —como autor— seguí para producir algunos de mis libros más significativos. Esta es una confesión más que un texto académico, y tiene que serlo así porque se trata de la búsqueda empecinada de una palabra perdida.

---

1 Sesión pública del 10 de noviembre de 2023.



## El grupo «Trilce»

En 1959, año en que ingresé en la Universidad de Trujillo, fundamos entre varios amigos un grupo literario, llamado «Trilce». Además de querer cambiar el mundo, escribíamos cuentos, cincelábamos indolentes sonetos, tomábamos café hasta la madrugada y, a veces, nos pasábamos la noche conversando en la prehispánica ciudad de Chan Chan.

Ese año, conocí al filósofo Antenor Orrego, quien fuera el mejor amigo y el mentor de César Vallejo. Nuestro grupo lo invitó a Trujillo, ciudad que también era la suya en sus años jóvenes, y él aceptó de muy buena gana.

Orrego había sido, durante una de las escasas primaveras democráticas del Perú, senador y rector de la universidad en la que ahora yo estudiaba. Además, su pasión por la libertad y la justicia social le habían costado más de una década de prisiones en los tiempos dictatoriales.

El maestro venía de participar en un simposio acerca de Vallejo en la Universidad de Córdoba, Argentina, y nos ofreció una semana de charlas sobre la filosofía y la estética de nuestro poeta.

Además, en el Teatro Municipal de Trujillo y ante una audiencia multitudinaria, nos proclamó herederos del grupo «Norte» (1915-1925), de sus proyectos y de sus sueños.

—Ustedes son nosotros o tal vez nosotros somos ustedes —nos dijo.

Eso para nosotros fue, por supuesto, un gran honor. Estábamos convencidos de que nunca, en la historia del Perú, tanta gente joven y brillante se había juntado como entonces en Trujillo. Aquella pléyade de jóvenes ansiaba transformarlo todo: la literatura, la pintura, la música, la filosofía, e, incluso, buscaba construir la justicia social. Entre sus miembros, figuraban, además del propio Orrego, César Vallejo, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alcides Spelucín, Macedonio de la Torre, Juan Espejo Asturrizaga, Francisco Xandóval, José Eulogio Garrido y Carlos Valderrama. Tiempo después, se añadiría a esa lista el nombre del insigne novelista Ciro Alegría.

## Ustedes son nosotros

Me parecía generoso, aunque iluso, suponer que un grupo de chiquillos (yo había cumplido recién 17 años) pudiera compararse con los nombres de quienes integraban el grupo de Orrego, llamado «Norte» después de 1923.

La mayoría de ellos procedían de Trujillo o de un lugar próximo a esa metrópoli del norte peruano. Realizaban sus reuniones en la casa de José Eulogio Garrido, la del propio Orrego y, por fin, la de Macedonio de la Torre. Aparte de esos lugares, también solían frecuentar la Liga de Artesanos, una institución anarquista cuya fundación data de 1898.

De aquella Liga habían salido los trabajadores a formar sindicatos en todo el valle del río Chicama y fue allí donde se gestaron las grandes insurrecciones laborales de 1910.

En los años 20, el grupo «Norte» frecuentaba la, para entonces, actualísima biblioteca de la Liga de Artesanos. De contrabando, habían llegado allí obras que estaban prohibidas en el resto del país.

En la primera de las salas de aquella biblioteca, César Vallejo se sintió atraído por una joven bibliotecaria llamada María Sandoval, quien fue su primera enamorada —y su maestra de francés—, y cuya temprana muerte le inspiraría esa querella con Dios en la que le reprocha: «Tú, tú no tienes Marías que se van...».

## ¿Qué es Trilce?

A poco tiempo de publicado el poemario «Trilce», con un prólogo escrito por él, Antenor Orrego recibió una oportunidad de viajar a París, la soñada ciudad luz, en donde los intelectuales latinoamericanos practicaban una especie de servicio europeo obligatorio.

Ocurrió que Julio Gálvez Orrego, su sobrino, había obtenido una herencia que le permitiría viajar en la primera clase de un barco hacia ese destino.

—Puedo ir en primera, pero he decidido comprar dos boletos de tercera y, de esa manera, me acompañarás, tío.

—¡De ninguna manera! Quien debe ir es el cholo Vallejo. Si se queda en la capital del país, los limeños lo tratarán como provinciano y no lo entenderán. Peor aún, si se reabre el juicio por los sucesos de Santiago de Chuco, volverá a la cárcel y no saldrá de ella.

Cuando se lo comunicó a Vallejo, este no quiso aceptar; pero, ante la exigencia de Orrego, entendió que su destino se decidía en ese momento.

—En París te espera el reconocimiento. En el Perú, la cárcel —afirmó Antenor Orrego.

Por eso tenemos un César Vallejo. Lo que le ocurrió a Orrego después no fue lo más deseable: casi dos décadas de prisiones por sus ideas y su amor a la causa de la libertad.

Cuando recuerdo aquello, pienso que la prisión suele ser en el Perú una constancia de decencia. Creo que la universidad peruana no nos estaba educando para ser políticos, sino para ser héroes o santos.

Los muchachos de la «Bohemia de Trujillo» eran herederos históricos de otro grupo literario, surgido en el siglo XIX, llamado «Primavera», cuyos miembros más conocidos fueron Raúl Edmundo Haya (el padre de Víctor Raúl) y Eduardo González Alvarado (de quien me honra proceder, pues soy su nieto).

### La profecía de don Antenor

El último día con don Antenor, le ofrecimos un almuerzo en un restaurante sobre la playa. A mí me tocó sentarme frente a nuestro huésped, a menos de un metro de distancia.

Tenía él 67 años. Yo apenas llegaba a los 17. Había escrito yo un par de libros de poesía, pero se mantenían inéditos y escondidos. Para que no me

hiciera preguntas sobre mi escueta obra, se las hice yo. Creo que lo sometí a un interrogatorio. Le averigüé por la vida cotidiana de sus amigos: por Vallejo, por el líder aprista Haya de la Torre, por el músico Carlos Valderrama, por el poeta Alcides Spelucín, por Francisco Xandóval. Le pregunté dónde se reunían. Quise saber si bebían ajenjo. Me interesó conocer qué leían y qué música escuchaban. Le rogué que me contara si hacían espiritismo y bajo qué muro de Chan Chan se reunían.

Antes de que yo continuara, el viejo filósofo me dijo sonriendo:

—Eres un preguntón. Has tratado de saber todo acerca de nosotros. Ahora, te voy a decir algo sobre ti, y recuerda que te lo profetizo. Dejarás de escribir poesía, y escribirás cuentos y novelas. Escribirás nuestra historia, la del grupo «Norte».

Seis meses después, don Antenor murió súbitamente. A mí me había dejado una profecía y una sentencia. Desde los 17 años, por esa razón, he estado condenado a escribir la novela sobre Vallejo. Y todo el tiempo la información me ha estado llegando a borbotones.

El resultado de aquello iba a ser, varias décadas después, mi novela *Vallejo en los infiernos*.

### ¿Y por qué nosotros decidimos usar la palabra *trilce*?

Ya que no me es posible desentrañar el origen de ese vocablo, por lo menos puedo decir por qué lo usamos los muchachos que en los años 60 fundamos el grupo «Trilce». Eso sí lo sé.

Éramos una comparsa de chiquillos desmelenados y adictos a la lectura; también bastante revejidos, porque usábamos corbata y hablábamos con términos tomados de los libros.

Casi todos habíamos tenido una adolescencia parecida. En mi caso, debido a ocupar los primeros puestos en las clases de secundaria y a escribir cuentos y poemas, tuve que soportar el acoso y el escarnio de quienes se

sentían rezagados. Al llegar a la Universidad de Trujillo, me encontré con mis similares.

Por su parte, Juan Morillo Ganoza nos «reveló» que había ido por curiosidad a una reunión de espiritistas y, cuando el médium le preguntó a qué espíritu quería llamar, eligió el de César Vallejo. El intermediario entre este y el otro mundo no le dio otra respuesta que un gruñido y el grito:

—¡Trilceeeeeee!

Al menos, eso es lo que él contó.

Por fin, una de las tantas veces en que nos reunimos, dijimos todos juntos:

—Nos llamaremos «Trilce». Seremos el grupo «Trilce».

Sin embargo, nunca en nuestras vidas logramos conocer el origen de la palabra perdida.

En los secretos francmasónicos, los aprendices y los compañeros ascienden de grado al conocer una palabra oculta. Nosotros continuaremos esperando a que llegue la palabra que desentraña *trilce*; como me lo predijo el doctor eterno, en la búsqueda no hemos hallado lo que pretendíamos, pero no paramos de encontrar nuestro destino.

### Trilce en septiembre de 2023

Para la redacción de este texto, acabo de conversar con algunos de los amigos que formaron conmigo el grupo «Trilce», y les he preguntado si alguno de ellos encontró, finalmente, el significado de aquella palabra. He querido saber qué influencia ha tenido esa búsqueda en su obra y, por fin, de qué manera el hecho de integrar nuestro colectivo repercutió definitivamente en su vida.

Se lo pregunto al pintor Gerardo Chávez (1937). Los rasgos más definidos de su obra son la libertad expresiva y un tratamiento audaz del color. Como dice Luis Enrique Tord, Chávez ha plasmado una imagen surrealista muy definida en la que desborda su amplia imaginación... Visiones extrañas y erotismo son notas frecuentes en sus lienzos.

—No lo sé —me responde Gerardo—. Se me ocurre que haberme encontrado y desencontrado con ese mantra le dio un sentido básico a mi vida y a mi obra. Por eso, salí veloz de Trujillo y también de Lima. Hasta que, como le ocurrió a Vallejo, encontré en París los caminos que estaba buscando.

Teodoro Rivero Ayllón (1933), poeta y narrador, es el mentor y el mayor de nuestro grupo. Lo acabo de llamar por teléfono y me responde de inmediato que, sin el misterio de «Trilce», no se habría ido a la isla de Pascua para indagar sobre las lenguas habladas en esa distante geografía. Tampoco se habría quedado dos años ni habría regresado preso por las autoridades chilenas debido a su empeño en propagar la idea de la independencia de ese lugar del mundo.

—Siempre entendí que *trilce* me daba caminos expresivos y también duras obligaciones para toda la vida. Es como si Vallejo nos hubiera dejado, encerradas en ese término, su convicción socialista y su ansia de peinar y despeinar la escritura.

Otro amigo del grupo, Jorge Díaz Herrera (1941), poeta y novelista, escribe que «solo el mar no se va nunca, ni se va el cielo...; pero *trilce* no se me fue... y no sé por qué» cuando trata de explicarse nuestra lealtad inquebrantable o, más bien, nuestra militancia a un término (*trilce*) cuyo significado nunca conocimos.

—¿Por qué yo? —se pregunta y me pregunta Walter Palacios Vines (1934).

Así como el grupo «Norte» tuvo a Víctor Raúl Haya de la Torre y Antenor Orrego, «Trilce» inspiró a este activista político y luchador social.

Presidente de la Federación de Escritores del Perú en 1962, su trabajo lo mantuvo siempre en una posición difícil respecto a las fuerzas represivas de la dictadura que le tocara en turno.

—Me ayudó muchísimo —dice Walter—, porque pertenecía a un grupo de amigos entrañables dedicados a la poesía, la narración y la pintura. Es más, el nombre de «Trilce» me acompañó en momentos en que la muerte estaba muy cerca.

Por otro lado, «para mí, aquello era ingresar en otro mundo y en otra época», me responde Juan Morillo Ganoza (1939). Y concluye:

—En Trujillo descubrí a otros amigos tan locos como yo.

### La palabra escondida en mis propios textos

En mi más reciente novela (*Kachkanirajmi, Arguedas*), cuando me refiero a ese gran escritor, que es su personaje principal, un zorro se entromete y afirma:

—La muerte es solamente eso, una suspensión de la palabra.

Tal vez por eso mismo, como asevera en su comentario crítico José Antonio Mazzotti, esta es una «reafirmación de la palabra; es decir, de la vida misma, la vida libre y armoniosa de un Perú aún inexistente».

Acaso también tenga que ver con la palabra oculta aquello que José Miguel Oviedo señaló sobre el segundo de mis libros, *Batalla de Felipe en la casa de palomas* (1971):

El discurso narrativo no es fluido, pero el hechizo es frecuente total. Aunque sus ojos están puestos en la realidad (su infancia provinciana, los animales del campo, los tipos y tradiciones de pueblo pequeño, etc.), su atención está puesta en otra parte: los ojos miran sin ver para atender mejor al misterio de las cosas invisibles, a los demonios que se huelen en el aire, a los ángeles de la imaginación.



Añade Oviedo que

si se comparan los embrujos simbólicos y las trampas verbales de la obra de González Viaña, con la violencia y la fidelidad neonaturalista de Alfredo Bryce y de Miguel Gutiérrez, quienes siguiendo la línea de Oswaldo Reynoso no quieren apartarse mucho de la realidad documentable, se verá que aquel se encuentra, solo, en las antípodas.

Es cierto, nunca me importó la soledad o la escuela. Más bien, la búsqueda —casi francmasónica— de la palabra perdida me hizo ser obsesivo en el intento de expresarme con absoluta libertad.

En su tesis sobre mi novela *Sarita Colonia viene volando*, James Lozano observa que la ambigüedad entre la vida y la muerte está muy presente, y la línea que divide el mundo de los vivos y de los muertos es borrada constantemente —elemento muy común en el realismo maravilloso, tal como lo afirma también José Bravo—. Por ejemplo, el personaje Juan Burro nos cuenta que don Amadeo Colonia, cuando estaba viajando para la capital, conversó con un arriero muerto, quien le sirvió de guía durante un trayecto de su camino.

Permítanme leer un fragmento de la escena:

—Entonces, ¿tú estás muerto? —Seguro que eso fue lo que le preguntó al arriero. Y eso debe haber sido porque solo los muertos pueden saber si uno es padre de una santita.

—Muerto sí, pero no sepultado. —Supongo que respondió el arriero, quien probablemente estaba diciendo la verdad porque los arrieros muertos suelen quedarse en los caminos cuando no se les da cristiana sepultura, y por esos andurriales se quedan, a veces para guiar a los viajeros, a veces para embaucarlos. (p. 67)

Añade Antonio Cornejo Polar, sobre esa misma novela, que le parece un texto poético. Y observa que los personajes centrales, Juan Burro y el embajador de Quiquijana, cuentan la historia de Sarita Colonia cantando en versos de octosílabos, pie quebrado, versos renacentistas y lírica del Siglo de Oro.

Por su parte, Roland Forgues me pidió alguna vez una entrevista, en cuya publicación comenta que, en nuestro diálogo, hice hincapié en la influencia de la cultura provinciana en mis obras, específicamente de la cultura Mochica y Chimú, que siguen superviviendo hasta el día de hoy. Es cierto, como le dije entonces: «En mi narrativa yo respiro el norte, respiro esa cultura en la que me he criado en contacto con el campo y la tierra».

No es casual que el entrevistador recuerde mi percepción sobre mis inicios en la vida literaria en Trujillo y cómo llegué a conformar un grupo en los años 59-60, que se denominó «Trilce», y que nos dedicábamos a la poesía, a la narrativa y a la pintura.

Un dato que le llama la atención a Forgues es que yo le contara que, en mi tierra, Trujillo, la gente gusta mucho de versificar e intenta hacerlo con rapidez. Y anota esta declaración señalando que «su 37.<sup>a</sup> narrativa, tal como lo evidencia la crítica y nosotros también lo hemos corroborado en Sarita Colonia viene volando, es poética».

**EN CONCLUSIÓN**, con estas reflexiones pretendo dilucidar de alguna manera cómo la obra «Trilce», de César Vallejo, su descubrimiento y la adhesión a un grupo literario normaron desde mi adolescencia lo que yo habría de realizar en el campo de la narrativa durante toda mi vida, y también lo que habría de ser como persona.

Es decir, puedo afirmar que aquella palabra perdida y permanentemente buscada no solo me marcó un camino particular en la narrativa, sino una postura vital. Fue, como me lo dijo Orrego, un vaticinio y una condena, que he vivido cumpliendo.

Agradezco a la Academia Peruana de la Lengua el inmenso honor que me confiere y le ruego que acepte este discurso que, en vez de una conjetura académica, es una confesión de amigos.

Muchas gracias.